

## LESVOS: ESPERANZA Y TRAGEDIA

La isla de Lesvos, unos 80.000 habitantes, y su capital Mitilene, unos 30.000, se ha convertido en una de la principales puertas de acceso a Europa para refugiados sirios y emigrantes del Medio Oriente. Cada día llegan a sus costas cientos de personas procedentes de diversos países y especialmente desde Siria para entrar en Europa y dirigirse a los países de su preferencia, generalmente, Alemania e Inglaterra.

Mólivos, lugar turístico del norte de la isla, ha amanecido, como cada día, sin refugiados ni emigrantes, pero en el punto de partida hacia Mitilene se volverán a congregarse, como cada día, los nuevos cientos de ellos que llegarán en las embarcaciones neumáticas, y al final del día, como cada tarde, un número indeterminado de autobuses, cinco, seis, y/o camionetas agrícolas los trasladará a Mitilene.

Cinco de la tarde, más de 35 grados de temperatura y mucha humedad. A una playa cercana a Mólivos se acerca una lancha neumática. Los empleados del hotel próximo a ella hacen señales a la lancha para que se dirijan allí. Unas cuarenta personas, dos familias con niños pequeños entre ellas, saltan de la balsa. Todos son atendidos por los empleados del hotel y algunos turistas. Han pasado varias horas en la balsa a pleno sol, atravesando el estrecho que separa la isla de Turquía, llevan el cansancio en su rostro.



Los empleados del hotel tienen mecanizada la ayuda que han de prestar: los sientan a la sombra, los ofrecen agua, algún alimento y ropa seca. Los recién llegados lo aceptan con gestos de agradecimiento y una leve sonrisa, y después de un leve descanso, los suben a unas furgonetas, mujeres y niños en la cabina los hombres en la zona de carga, para llevarlos al punto de salida del pueblo. En unos minutos el motor, la balsa, los refugiados y emigrantes han desaparecido y la playa vuelve a ser lo que era. Esta operación se repite cada día y algunos días dos o tres veces.

Los refugiados y emigrantes que llegan a esta playa de Mólivos tienen mucha suerte. Los primeros kilómetros en territorio europeo los harán en vehículos y si tienen aún más suerte llegarán a tiempo de subir a los transportes hacia Mitilene, si no es así tendrán que iniciar el camino a pie por la carretera.

Cerca de las doce del mediodía. A la playa cercana al pequeño puerto de Skala Skamnás ha llegado una balsa. Sus ocupantes tienen parecida composición a la que la tarde anterior llegó a Mólivos. Un aldeano los ha conducido hasta el puerto y les indica la salida hacia la carretera. Al salir del pueblo un agricultor que vende sus productos directamente al consumidor y que prácticamente terminó sus ventas del día les da unas frutas. Aquí nada está preparado para recibirlos y han de ascender unos cuatrocientos metros por una sinuosa



carretera, que supone varios kilómetros, hasta la carretera que conduce a Mitilene, por la que aún tendrán que andar bajo el sol y con mucho calor unos 30 kilómetros más hasta llegar a la capital. Pero esto no es lo peor. En la segunda curva de la carretera de ascenso se encontrarán apilados los restos de numerosas balsas y dos curvas más arriba numerosos restos personales que abandonaron los refugiados y emigrantes que llegaron antes que ellos.

También los márgenes de la carretera hasta Mitilene están sembrados de restos abandonados: chalecos salvavidas, zapatillas, bolsas, botellas, etc. Son los testigos del esfuerzo físico y mental de los refugiados y emigrantes y de la esperanza de llegar a un lugar con mejor vida a pesar de las dificultades. Cada uno de estos restos representa la desesperación, el hambre y la fatiga. En la carretera no sólo hay restos, se pueden ver cientos de personas descansando en las cunetas o caminando: jóvenes, mujeres, niños, familias enteras que se desplazan cada día unos kilómetros en grupos numerosos, pequeños o en solitario porque la dureza del camino y la resistencia de cada uno hace que el grupo que llegó en una balsa se disgregue.

La carretera atraviesa algunos pueblos. En todos ellos hay gente que se refugia durante un día o unas horas y sus centros están repletos. Elijo Moria para describir la situación por su dramatismo. Esta localidad está muy cerca de Mitilene. Es mediodía, el calor aprieta y el sol cae implacable. No hay griegos por las calles, pero están llenas. Sentados en las escaleras de acceso a las casas, tumbados en la hierba de un pequeño jardín o bajo un árbol descansan estos recién llegados. Junto al pueblo hay un acueducto romano con una construcción similar al nuestro. Poco antes de llegar a él bajo la sombra de una higuera descansa una familia. El padre sentado observa nuestra llegada sin decir nada, dos niñas de entre tres y cinco años juegan con una pequeña muñeca y un bebé tumbado sobre una caja de cartón sonríe a su madre que, vestida con htyab totalmente negro, le acaricia.



Mitilene está muy cerca, pero cuando lleguen a la ciudad se encontrarán a miles de personas que se les adelantaron. Nadie sabe cuántos emigrantes y refugiados hay, se habla de 10 ó 12 mil. El jardín situado junto al ayuntamiento está lleno de tiendas de campaña y ropa tendida, el parque cubierto por pinos mediterráneos frente a la playa también está lleno de gente acampada, en los alrededores de la Estatua de la Libertad no cabe un alma más y la explanada del puerto es un campamento improvisado con miles de personas. El ferry "Elefcerios Venizelos", que cada día evacua a cientos de personas hacia El Pireo, no es suficiente para aliviar la presión sobre la ciudad donde esta gente pasa días y días hasta que les llega el turno de embarcar.



Los refugiados y emigrantes conviven con la población autóctona y con los turistas, solo algún altercado de militantes del partido nazi Amanecer Dorado. La población de la isla o una parte de ella, que además de la crisis sufre las cancelaciones turísticas, ayuda a estas personas, sobre todo a las mujeres y los niños, y el hospital local atiende a enfermos y parturientas, pero nada es suficiente.

No hay datos sobre el número de salidas de Turquía y, por tanto, no sabemos cuántos desaparecen en el mar, en un mar que según avance el otoño causará más muertes, aunque el verdadero responsable no será el Egeo sino quienes hacen la guerra en Siria, quienes no hacen nada para detenerla, los que se enriquecen vendiendo las armas a los contendientes y los que explotan la riqueza de los países exclusivamente en beneficio propio.